

ocupó la provincia de Entre-Duero y Miño, destinada á indemnizar á la casa de Etruria.

Inquieta la corte de Madrid y sobresaltado Godoy con las noticias que comunicaba Izquierdo, Carlos IV había escrito una humilde carta á Napoleón, disculpándose de haberle involuntariamente molestado al quejarse del proceder de Beauharnais, reiterándole su amistad y alianza y diciendo que, á saber que su hijo quería enlazarse con una princesa de la familia imperial, no se habría opuesto á sus deseos; que si persistía en ellos, se contase con su aprobación, y que vería con gran complacencia que el Emperador prestaba su asentimiento á aquellas bodas. Pasados unos días, volvió á escribirle pidiéndole la ejecución y publicación del tratado de Fontainebleau. El Emperador, visiblemente contrariado, aplazó la contestación para más adelante; pero, no teniendo aún resuelto el modo de ejercer su dominación en nuestro país cuando lograrse someterlo, que en esto sí era firme su propósito, no desechó la idea de casar á alguna sobrina suya con el príncipe de Asturias, y propuso á Luciano el matrimonio de aquél con la hija que le quedara de su primera esposa. Luciano no hizo resistencia al proyecto, no obstante rechazar en la misma entrevista con obstinación altanera é inflexible la corona de Portugal, que su hermano le ofreció.

Napoleón en su nueva visita á la hermosa tierra de Italia, se detuvo en Milán, Mantua, Venecia, Turín, que le obsequiaron con fiestas espléndidas. A fin de mantener vivas las esperanzas de los patriotas italianos, adoptó solemnemente á Eugenio, designándolo como sucesor suyo en la corona de los lombardos. Estando en Milán, dictó una disposición con la que se agravaron los rigores del bloqueo continental. En represalias del decreto de Berlín, el gobierno británico había obligado á los buques de las potencias neutrales que comerciasen con Francia ó sus aliados á hacer estación forzosa en Inglaterra, para pagar determinados derechos. Esta tiránica medida hubiera acabado por sublevar contra la Gran Bretaña á todos los Estados; mas el Emperador se las compuso de modo que recayera sobre Francia la mayor parte de la odiosidad que debía producir, mandando que «Cualquier nave, de cualquier nación que fuese», que se sometiese siquiera á la visita de un buque inglés, quedase por este sólo hecho desnacionalizada y declarada buena presa.

El Emperador estaba de regreso en París el tres de Enero de mil ochocientos ocho; pero hasta el diez no se determinó á contestar las últimas cartas recibidas de Carlos IV. En su respuesta, manifestaba consentir de buen grado en el casamiento del príncipe de Asturias con una princesa de Francia; mas, en lo concerniente al tratado de Fontainebleau, estimaba su publicación inoportuna y prematura. En realidad, había ya desistido de aquel enlace, y respecto á las estipulaciones de Fontainebleau, lo cierto era que las tenía relegadas al olvido, como lo demostraron dos exposiciones publicadas por el ministro Champagni en el *Monitor*, el veinticuatro de Enero, en las que se decía que, libre Portugal del yugo de los ingleses, la Península entera iba á ser objeto de la solicitud de Napoleón.

El primero de Febrero se prescindió de todo disimulo, haciendo saber Junot al público, por medio de una proclama, «que la casa de Braganza había cesado de reinar y que el Emperador, habiendo tomado bajo su protección el hermoso país de Portugal, quería que fuese administrado y gobernado en su totalidad á nombre suyo y por su general en jefe. Para que el pueblo lusitano tocase pronto los beneficios de la protección que le dispensaba, Napoleón le había impuesto de antemano una contribución de guerra de cien millones de francos que ahora se recaudó. ¡Aciagos tiempos aquellos! Cada día se registraba un nuevo atropello contra la independencia de algún pueblo. El primero de Febrero fué la víctima Portugal, y el dos, ocupaba á Roma el general Miollis, á quien se le había dado orden de entrar en los Estados del Papa al mismo tiempo que Lemarrois. Pensamientos cada vez más ambiciosos llenaban la mente del Emperador, que preparaba una gran expedición contra la isla de Sicilia, meditaba otra para llevar cuantiosísimos acopios á la de Cortú, declaraba en estado de bloqueo la de Cerdeña; acusándola de favorecer á Inglaterra, y como su alianza con Alejandro parecía comprometida por la perseverancia infatigable con que el último reclamaba el cumplimiento de las promesas del Tilsit en lo tocante á los principados de Moldavia y Valaquia, le daba á examinar dos proyectos de partición del Imperio turco y le impelia á invadir la Finlandia sueca, enredándole en sangrienta guerra con sus vecinos.

El segundo cuerpo de observación de la Girona había entrado en España y no paró en Vitoria según fueran las primeras instrucciones de Napoleón, sino que continuó avanzando; poco después, pasa la frontera el cuerpo de observación de las costas del Océano, que prosigue su marcha hasta los lindes de Castilla, y al mes justo, el general Armagnac se encamina con tres batallones por las gargantas de Roncesvalles á Pamplona. Simultáneamente, reúnese en los Pirineos orientales otra división, al mando del general Duhesne, que penetra en la Península por la Junquera y es admitida en Barcelona. Los franceses, recibidos en todas partes como amigos, se dan, sin embargo, aire de conquistadores, y cometen tropelías sin cuento, provocando las justas iras de los naturales. Se apoderan por traición de la ciudadela de Pamplona, de la de Barcelona y del castillo de San Fernando de Figueras; Monjuich les es entregado por orden del capitán general Ezpeleta, y la plaza de San Sebastián por disposición del gobierno de Madrid. La nación comienza á sorprenderse é inquietarse viéndose sin defensa en medio de aquellos sospechosos aliados, y Godoy, asaltado de dudas y zozobras, encontrándose burlado, desvanecidos sus sueños de soberanía de los Algarbes, cae aún en mayor confusión, de que luego participan los reyes, cuando Izquierdo les comunica verbalmente, pues viene para ello á Madrid, que el Emperador exige que se celebre un nuevo tratado de alianza ofensiva y defensiva en el que se pacte, entre otras cosas, el arreglo de la sucesión á la corona de España y la cesión á Francia de las provincias del lado allá del Ebro, á cambio de Portugal. Estas proposicio-

nes, la formación de un nuevo cuerpo de ejército al mando del mariscal Bessieres, el nombramiento de Murat para general en jefe de los cien mil franceses que había ya en España, tantas promesas violadas, tan insigne mala fe como se descubría en Napoleón, determinaron en Godoy un arranque de energía. Reunió un consejo extraordinario de ministros, presidido por el Rey, y propuso pedir se suspendiese el envío de tropas francesas á España, y si la proclamación no era atendida, oponerse á su entrada empleando la fuerza. Carlos IV calificó la resolución de desesperada y los partidarios de Fernando la impugnaron, pues entendían neciamente que la misión de los extranjeros era derribar al favorito. Pensóse entonces que la familia real se trasladara al otro lado de los mares, acordándose como medida previa, que fuese á Sevilla y esperara allí los acontecimientos: se prepararían medios de defensa, y en caso de desgracia, se retiraría á las Baleares ó á los dominios de América. Para facilitar la ejecución de este plan, se ordenó á las tropas enviadas á Portugal que regresasen á España. La idea del viaje á Sevilla fué mal acogida por la opinión, que creía ver en ella las pruebas palpables de las pérfidas intenciones del privado. Fernando no se recataba de manifestar la repugnancia que le causaba y los parciales del Príncipe traían con tal motivo soliviantados los ánimos en Madrid, en Aranjuez donde á la sazón estaba la corte, y en los pueblos todos de los alrededores. El Rey, en vista del público descontento, mandó circular un decreto desmintiendo las noticias que corrían acerca de su marcha, con lo que se produjo gran alborozo. Insistióse, sin embargo, en afirmar que la partida iba á verificarse en la noche del diez y siete al diez y ocho de Marzo. Intranquilo con estos rumores, el paisanaje, capitaneado por el conde de Montijo, que se oculta bajo el nombre de tío Pedro, ronda las calles, vigilando especialmente la casa del príncipe de la Paz; á las doce sale muy arrebuja en su manto doña Josefa Tudó, la amiga de Godoy; se empeñan en ver el rostro á la dama; se oye un tiro; los conjurados creen que es la señal, y la tropa, que está de su parte, corre á los diferentes puntos por donde puede salirse de la población. La muchedumbre acomete la casa de Godoy y la estra á saco, sin encontrar al blanco de su saña. Para calmar al pueblo, al otro día es exonerado el príncipe de la Paz de sus empleos de generalísimo y almirante, y los ánimos parecen recobrar su sosiego; mas á la mañana siguiente, descubierto el valido, que estaba oculto en su propia casa, cae en manos de una turba de paisanos, que le habrían rematado á no acudir á escape en su auxilio una partida de guardias de corps, la cual le conduce al cuartel, adonde llega, perseguido siempre por la multitud que le amenaza, y aun le golpea y le hiere. Temiendo por la vida del favorito, Carlos IV manda al príncipe de Asturias que vaya al cuartel de los guardias. La presencia de Fernando contiene á las turbas, que se retiran ante la promesa que aquel hace de que el objeto de sus odios será juzgado y castigado conforme á las leyes. A las pocas horas, sin embargo, tornan los alborotos con más furia que nunca; el heredero de Carlos IV tiende la mano al

suspirado cetro; el monarca, perplejo, despavorido, privado de los consejos de Godoy, por cuya suerte tiembla, no sabe qué hacerse; alguien pronuncia á su lado la palabra abdicación; coge al vuelo la idea, reúne á sus ministros y renuncia á la corona. Tal fué el digno remate de un reinado de veinte años, en que gobernó los destinos de nuestra patria el más vergonso favorito al amparo de torpes pasiones y cegueras incurables.

Mientras el pueblo de Madrid se embriaga con el entusiasmo que le produjera la caída de Godoy y la exaltación del príncipe Fernando al solio, acercábase Murat á la capital de España, de la que ya sólo estaba distante una jornada. La revolución cumplida en Aranjuez modificaba profundamente la situación. El Emperador no había podido preverla, y sabiendo por sus agentes el proyecto de fuga de la familia real, que sin duda le complacía por facilitarse con ella la ejecución de sus planes, esperaba llegase de un momento á otro la noticia de haberse emprendido el viaje á Sevilla. Pero si Murat carecía de instrucciones para el caso especial que se presentaba, las tenía generales y á ellas conformó su conducta. Se le había encargado mantuviese el equilibrio entre los dos partidos que se disputaban la primacía, y roto aquel en provecho de uno de ellos, era preciso restablecerlo en beneficio del otro, sin entrar en el fondo de la cuestión. No brillaba Murat por la agudeza ni los recursos de su talento, mas hubo de inspirarle seguramente su ambición; pues se le había dejado entrever la posibilidad de ceñirse la corona de España, y desplegó en estas circunstancias un ingenio y una habilidad poco comunes.

Hallábase á las puertas de Madrid cuando recibió de la reina de Etruria, que, expulsada de Toscana por Napoleón, se refugiara al lado de sus padres, un mensaje implorando su piedad en obsequio de los soberanos destronados y del príncipe de la Paz. También María Luisa le mandó otra carta por Monthion jefe de estado mayor de su ejército, que el general había mandado á Aranjuez. Decíale la Reina que él, con el Emperador, era su sola esperanza de salvación; le rogaba interesarse por Godoy, y declaraba cifrar sus aspiraciones y deseos en concluir su vida en un retiro pacífico, con el Rey y el único amigo que á ambos les quedaba. En una postdata Carlos IV, llamando hermano á Murat, le pedía hiciese saber á Napoleón su súplica en favor «del pobre príncipe de la Paz, quien sólo padecía por haber sido amigo de Francia.» Monthion, además, enteró de palabra al gran duque de Berg, de la angustia y espanto de los reyes y del resentimiento con que hablaban del hijo, promovedor y autor, á su juicio, de todos sus duelos y quebrantos. En vista de estos informes, Murat concibió la idea de utilizar la omnipotencia que le daba su papel de protector, para inducir á Carlos IV á retractarse de su abdicación. Monthion regresó á Aranjuez y trajo de allí un documento, firmado por el Rey cuyo tenor es el siguiente: «Protesto y declaro que todo lo que manifiesto en mi decreto de diez y nueve de Marzo, abdicando la corona en mi hijo, fué forzado, por precaver mayores males y la efusión de sangre de mis queridos vasallos, y por tanto de ningún valor.» El general francés